

EL REGRESO

CON qué insospechada facilidad se van diluyendo en el trepidar sobre las vías —kilómetros que el triste tren deja atrás a sacudidas espasmódicas— los larguísimos años pasados.

Entre las ramas despojadas de un árbol del trayecto queda para siempre enredada y perdida la cara agrietada del montador, de oscura procedencia, a quien llamábais Turker.

Colgada de una nube pálida quedará para siempre la memoria de una remota tarde con lluvia en la que conociste a la tranquila muchachita vestida de flores, a la que no volviste nunca a ver pero con la que llegaste a soñar.

Atrás se queda tu primera habitación de alquiler en la Reitmorstrasse, un alto Dachboden sin ascensor, una cama que crujió bajo el raído edredón, un largo pasillo a oscuras hasta los lavabos.

Dejas detrás las mañanas heladas, el diario bajar la escalera con el estómago vacío (la escalera de sucias paredes desconchadas y peldaños de madera quejosa), la niebla y el silencio en la cola del autobús.

Abí queda, sobre la vía indiferente, un mar de horas —todas iguales, todas completas, sin que quepa el engaño— en la Sección de Máquinas; las horas pasadas, tantos años, desde la madrugada metálica, cuando la cabeza está peligrosamente clara, hasta la irremisible tarde tediosa, sin otro motor de esperanza inmediata que la proximidad de la comida.

Adiós, días y sus noches, pasado, adiós cientos de días que son en el recuerdo como un inmenso día único, adiós domingos de paseo quietísimo



y desolado que acababan en la taberna de los "Tres Reyes" entre cerveza negra y preparativos de futuro.

Vuelves con alguna cana temprana, con la vista un poco gastada —el montaje de las espirales, el interminable encasquillar y soldar lámparas—, pero traes también un par de buenos trajes y una vistosa corbata verde y naranja; y, lo principal, tus cabales aborros.

Qué soportable y hasta alegre se va haciendo con el anochecer el cansancio, y cómo una sonrisa antigua va resucitando de entre los pliegues fatigados del corazón. Medio duermes con el cuerpo entumecido. El tren para bruscamente sin escatimar golpes y rechinamiento, como si pretendiese despertar con su escándalo al pasajero más dormido. Te toca transbordar. Subes a otro tren, aún frío y a oscuras, y cuando arranca vas otra vez pesadamente en sueños.

Luego es el pasar previsto por estaciones de complicados nombres que tú no leerás; y el caer en el mayor olvido de la Sección de Máquinas en la que durante años has cortado espirales, has puesto escayolas en los casquillos, has bañado de metal las lámparas.

La lámpara del tren exhala una lucecilla enfermiza de cabaret suburbano, y siguen pasando los árboles mudos y el olor a tierra.

Te mueves y remueves en tu asiento inhóspito, te estiras y te encoges prudentemente, con los comedidos movimientos del hombre humilde. Entre sueños vislumbra algún bulto que entra y sale a tropezones. El tren tabletea todas las canciones de tu infancia, en el pueblo claro, al pie del cerro que cada agosto se viste de fiesta.

Despertarás intermitentemente, pero es inútil que esperes el ladrido acompañante de un perro o tan siquiera un lejanísimo ruido doméstico; a lo sumo, el martillo que ajusta las bielas o las palabras cortantes de un enganchador, dichas en el maldito idioma que nunca aprenderás.

Será al amanecer, con la primera claridad, cuando todo se revuelva para tí, el orden caiga en pedazos, la ley de las cosas y los hombres se manifieste como horrible impostura, sientas los ojos duros y amarillos en sus cuencas y te pugnen por estallar en el estómago gritos o sollozos, y las caras grises y adormiladas de los otros viajeros se te hayan vuelto insoportables, y tus zapatos desatados te den una infinita pena por tí, y tus grandes manos trabajadoras se cierren inútiles, y luego vuelvas la cabeza de un lado a otro, y salgas al pasillo y busques agitadamente al revisor, y de pronto todos te miren con una irresistible piedad y te ayuden a buscar bajo los asientos y en los portaequipajes, bien sabes tú que inútilmente.



Después, son todavía muchas largas horas sin ver y sin moverte, otro transbordo más, y la desesperación y el odio como una esquinada piedra que te llena el pecho, como una tierra hormigueante que corre por tu cabeza. Al buscar el pañuelo para secarte la frente, tropiezas con tu dura navaja. No tienes hambre ni sed, y el día —qué ajenos tú y él— decae.

Llegarán al fin la frontera, el galimatías de viajeros, aduaneros y guardias y el dolor que te causa la alegría de los otros. Hace rato que has decidido tomar un taxi y todo lo demás.

El taxista también trabajó de joven en el extranjero. Tiene la espalda recia y un cuello robusto en el que disputan arrugas profundas y mechones blancos. No olvidarás nunca la sangre brotando de ese cuello y extendiéndose con prisa escandalosa por los hombros inocentes. No hay mucho dinero en la guantera, y no te importa.

Andas por el descampado y te sientes extrañamente acompañado por la noche incipiente. Qué fresco vientecillo. Mañana será otro día.

